

formal y más sangrienta la lucha, la hoguera se había también extendido á las Castillas, Aragón, Valencia y Cataluña. Verdad es que en estas provincias sólo había partidas más ó menos numerosas, que solían huir del encuentro con las tropas de la Reina, y se limitaban á sorprender convoyes, asolar los campos, y asaltar y saquear á los pueblos que juzgaban más indefensos; pero esto mismo mantenía al país en continua alarma, distraía muchas fuerzas en su persecución, que hubieran podido emplearse en combatir al foco principal de la insurrección, y hacían triste y desconsoladora la situación de toda España. Merino, Cuevillas, Balmaseda y otros guerrilleros, recorrían la tierra que media entre el Pisuerga, el Ebro y el Duero; el Locho, Palillos, Centinela y otros, asolaban á Castilla la Nueva. En Aragón y Valencia se había presentado Carnicer y sus segundos, Cabrera, Quilez y Miralles, que habían dado á sus partidas cierta organización. Habiendo intentado penetrar en Cataluña para sublevar aquel país, fueron alcanzados por las tropas del general Carratalá en Mayals, y completamente desbaratados y derrotados, no habiéndose podido salvar más que unos doscientos que volvieron á Aragón. Pronto se repusieron de aquel terrible golpe, reclutando nueva gente, y aunque batidos después en diferentes encuentros, no cedieron en su empeño, y continuaron fomentando aquella guerra mortífera.

Desdichadas fueron después otras tentativas que hicieron los carlistas para sublevar á Cataluña. El Infante D. Sebastian, que á pesar de haber prestado á la Reina un juramento de fidelidad, en su calidad de Borbon se apresuró á quebrantarle, intentó en vano organizar allí la guerra, presentándose en Barcelona; el general Llauder le hizo pronto emprender la huida, y tuvo que refugiarse en Navarra con D. Carlos; poco afortunado fué también el desembarco del general Romagosa; pues el mismo Llauder, prevenido de sus intentos, lo cojió á los cuatro días y lo hizo fusilar. Por lo tanto, sólo pequeñas partidas sin concierto ni fuerza positiva, existían por entonces en Cataluña, limitándose al merodeo y al pillaje, que eran las pasiones que en los carlistas ejercían mayor dominio.

Seguía en tanto con el mismo carácter la lucha en las provincias del Norte, defendiéndose Zumalacárregui, unas veces derrotado y otras vencedor de los generales de la Reina. Atacó varios fuertes, y aunque fué rechazado casi de todos, consiguió por lo menos dejarlos tan mal parados, que las tropas isabelinas juzgaron más conveniente abandonarlos.

El general Córdova, de un génio atrevido y emprendedor, intentó entonces un golpe para el que se necesitaba no poca osadía, pues se propuso penetrar en las Amezcoas para destruir todos los establecimientos del enemigo. Aquellos valles eran considerados por los carlistas como un recinto sagrado al que no se atreverían los cristinos á aproximarse, y en ellos tenía establecido su campo y su córte el supuesto Rey. Córdova penetró con notable ímpetu en aquel recinto, y fué tal el espanto que causó á los cortesanos del Rey, que todos huyeron abandonándole. El mismo D. Carlos tuvo que escapar desnudo, y esconderse entre los matorrales. Los soldados de Córdova todo lo entregaron al saco y á las llamas: el palacio de Eulate, las fábricas de armas y pólvora, las casas, los graneros, todo pereció. Destruyeron el campo atrincherado de Orbizu, y cargados de botín volvieron á Vitoria.